

La historia en la obra de Manuel Azaña

FELICIANO PÁEZ-CAMINO ARIAS

Madrid, 2012

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: X-xxxxx-xxxx

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

LA HISTORIA EN LA OBRA DE MANUEL AZAÑA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD DE
MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 1 DE MARZO DE 2012)

En recuerdo de Ana Arias, mi madre.

Además de ser un notable escritor y uno de los políticos más significativos de la España del siglo XX, Manuel Azaña (1880-1940) manifestó un sostenido interés por la historia de España, realizó algunas apreciables aportaciones al conocimiento de esta y procuró, de forma explícita, fundamentar históricamente su propia acción política. No se pretende aquí analizar la significación histórica de Azaña ni la historiografía construida sobre su figura, sino espigar, en su vasta y diversa obra (publicada o inédita en su tiempo), elementos que nos acerquen a su visión de la historia, con atención particular a aquellos mas relacionados con su actividad pública.

Según Santos Juliá, seguramente el historiador actual que mas atentamente ha analizado la vida y la obra de Azaña, este reunía cualidades intelectuales que “podrían haber hecho de él un gran historiador”. A saber: “curiosidad sin límites, gusto por los documentos, capacidad y método de trabajo, lecturas sin tasa; más aún, una singular memoria para retener el léxico, los nombres, las historias, las costumbres y morales de una época, unida a su afición a la escritura, a su vocación de *escritor*, y a su agudeza para discernir los problemas centrales de una época sin perder de vista la complejidad de su entramado...” Por su parte, el propio Azaña afirmó, en su estudio sobre el *Idearium* de Ganivet, que la historia se construye desde luego a partir “de la disciplina propia del historiador”, pero que este “necesita además algunas cualidades de poeta”.

Imagen escolar y función de la historia

Azaña expresó tempranamente su malestar por la imagen de la historia de España transmitida a través de la enseñanza: un pasado mitificado y añorado, centrado en la España de los Reyes Católicos y de los Austrias. En su primera intervención pública de carácter político, la que con el título *El problema español* realizó el 4 de febrero de 1911 en la Casa del Pueblo de su ciudad natal, Alcalá de Henares, aludió a los “tópicos de nuestra gran bisutería histórica” y, refiriéndose a los siglos XVI y XVII, afirmó: “En torno a aquella época, de aquellas ideas, de aquellas luchas, mal entendidas, absurdamente interpretadas, se ha hecho girar la inteligencia de muchas generaciones de españoles, como si no tuvieran otra cosa que hacer sino echar de menos el pasado y aguardar su regreso por ensalmo”.

Una historia heroica, deshumanizada y aburrida: tal era la que Azaña lamentaba que se impartiera en los centros escolares, al menos en los que él conocía. En *El jardín de los frailes*, relato literario de su experiencia escolar entre 1893 y 1897 en el colegio de los Agustinos de El Escorial (que publicó por primera vez en la revista *La Pluma* en 1921) recordaba: “Más que por insuficiencia crítica, advertida apenas, la historia me fatigaba por su aridez inhumana. Con estar incorporada sucintamente en unas docenas de personajes grandiosos, la catadura de estos héroes no era de hombre. Habían llegado al mundo con el encargo de recitar un papel aprendido de memoria y colmar los decretos providenciales.”

Consideraba Azaña que hay en la historia de España una veta de tradición progresista soterrada, que había sido a menudo ocultada desde la escuela y que convenía reivindicar. “Yo hablo de la tradición humanitaria y liberal española, porque esa tradición existe, aunque nos la hayan querido ocultar desde niños maliciosamente. España no ha sido siempre un país inquisitorial, ni un país intolerante, ni un país fanatizado...” explicaba, siendo presidente del Gobierno, en una charla en la sociedad *El Sitio* de Bilbao, el 9 de abril 1933.

En todo caso, Azaña tuvo tempranamente la convicción de que el análisis crítico del pasado no debe enturbiar, sino fundamentar, el acuerdo sobre el porvenir. En la significativa conferencia titulada *Los motivos de la germanofilia* que pronunció en el Ateneo de Madrid en mayo de 1917, en el contexto de la *gran guerra*, lo expuso con no poca contundencia:

Buscar en el pasado razones de enemistad e interpretar la Historia para hacerla servir de alimento al odio, es una aberración, un desvarío anticivilizador. ¡No! El pueblo español tiene derecho a volver la vista atrás para algo que no sea empapar su corazón en hiel; tenemos derecho a volver la vista atrás sin orgullo y sin melancolía, para escarmentar con nuestros errores y tomar ejemplo de las virtudes, del valor, de la perseverancia, donde las hubiese, y sacar de unos y de otras lección para el porvenir, pero sin envenenar de antemano el día de mañana, que traerá su sol para todos, y sin que nosotros queramos aprisionarle en nuestros dominios. Esto es lo que podemos sacar de la Historia; por mi parte, abomino de cualquier tradición que no destile más que odio.

Los comuneros: una interpretación original refrendada por la historiografía

El primer proyecto de estudio histórico que emprendió Azaña —y que, como varios otros, dejó inconcluso y ha permanecido inédito hasta la reciente edición de sus obras completas— versó sobre el avance histórico-cultural en la Castilla del siglo XIV, época del despertar de la crítica política y de la consolidación del idioma, a partir de fuentes literarias. Lo tituló *Siendo rey Alfonso oncenno*, y en su inicio hay lúcidas observaciones críticas sobre el patriotismo, que tanto aliento daba al conflicto mundial coetáneo.

Pero su primera contribución al análisis histórico, que reviste carácter de verdadera anticipación historiográfica, la constituyen sus observaciones sobre un episodio significativo de la España del siglo XVI: el movimiento *comunero* que se desarrolló, fundamentalmente en Castilla, entre 1519 y 1522. En el artículo “En torno a Ganivet”, publicado en *La Pluma* en febrero de 1921 (año del cuarto centenario de la derrota de los comuneros en Villalar), Azaña realizó una severa crítica del a la sazón bastante apreciado Ángel Ganivet, que había muerto en Riga en 1898. Pero fue en 1925, cuando los restos de Ganivet llegaron a Madrid, camino de su Granada natal, dando lugar a un rebrote de su gloria póstuma, la ocasión en que Azaña amplió mucho su comentario, introduciendo una extensa y documentada referencia a los comuneros, y recogió luego ese largo artículo, con el título “El *Idearium* de Ganivet”, en el libro *Plumas y palabras*, publicado en 1930.

Según la interpretación mas común desde finales del siglo XIX, los comuneros, otrora exaltados por ilustrados y románticos, no habían sido sino defensores de tradiciones medievales frente a la modernidad europea encarnada por el emperador

Carlos V. Ganivet se había hecho eco de esa visión al escribir en el *Idearium español*, publicado en 1897, que “eran castellanos rígidos, exclusivistas, que defendían la política tradicional y nacional contra la innovadora y europea de Carlos I”. En abierta contradicción con ese tópico, Azaña presenta a las Comunidades de Castilla como un movimiento de raíz esencialmente popular, formado por los elementos más dinámicos de la sociedad, y que ha de ser valorado como netamente progresista en su orientación política, ya que anticipa propuestas constitucionales y liberales que cristalizarán más tarde en la Inglaterra del siglo XVII y la Francia del XVIII. La de las Comunidades habría sido, en suma, la primera revolución moderna de la historia europea.

Lo más relevante es que Azaña basa su exposición, no en afirmaciones esencialistas ni en emociones líricas, sino en un análisis detenido y lúcido de las fuentes; en particular las que Manuel Danvila había recopilado en los seis volúmenes de su *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla* (Madrid, 1897-1900), y con muchas referencias también a la *Historia del emperador Carlos V* de Sandoval. Con su buen olfato histórico y un sólido trabajo de documentación, Azaña anticipa las conclusiones a las que, en el último tercio del siglo XX, irán llegando historiadores como José Antonio Maravall, Joseph Pérez o Juan Ignacio Gutiérrez-Nieto, entre otros.

Azaña atina cuando, sobre los objetivos del movimiento, escribe que los comuneros “querían libertarse del despotismo cesarista, del gobierno por favoritos, del predominio de una clase. Invocaban un derecho, pusieron en pie instituciones, pedían garantías conducentes al gobierno de la nación por las clases media y productora”. Y cuando insiste en que los comuneros tenían ideas sólidas y claras: “El acento que domina en la revolución de las Comunidades es lo menos romántico posible. Todo en sus documentos respira sensatez, cordura, aplomo: contienen planes de buen gobierno, reformas en la administración, y no están exentos de pesadez legalista”. O cuando, a propósito de la dimensión social del conflicto, afirma: “La contienda política se extendió a guerra social, a conflicto de clases, revolviéndose los pecheros, sobre quien gravitaban las cargas del reino, contra la clase nobiliaria, brazo ejecutivo de la Corona, de quien tenían, con los privilegios y mercedes correspondientes, el mando y disposición de las armas. El tercer estado y, en general, las llamadas hoy clases productoras, había cobrado conciencia de su fuerza y de su inferior condición en el reino”.

En su paradigmática y liberal *Historia General de España*, el gran historiador decimonónico Modesto Lafuente reprochaba a los comuneros el haber convertido en revolución social lo que podría haber sido una “causa nacional”. Como

hemos visto, Azaña aprecia precisamente esa dimensión social revolucionaria. Y subraya el dinamismo de los protagonistas sociales del movimiento, estableciendo una comparación con el presente: “La flor de los reinos, la gente de estudios, los menestrales y la clase media, ¿representarían en el orden político el atraso, la rutina, frente a los vasallos de los señoríos, frente a los soldados de oficio, frente a los grandes señores mismos, primeros interesados en conservar el orden tradicional? Como si hoy dijese que el voto electoral de las diez o doce ciudades españolas más populosas, trabajadoras e ilustradas, denota inspiración peor o más distante del bien público que el voto de los campesinos obedientes a los caciques, o que el voto de los oficiales del ejército, apoyo de la Corona...”

Azaña describe con viveza el carácter y los intereses de los enemigos de los comuneros: “La asistencia de algunos caballeros en la Comunidad, muchos o pocos, no desvirtúa el carácter de la revolución, burguesa y menestral, urbana. (...) Los caballeros, oponiéndose a la Comunidad, combatían por sus privilegios de clase. Las grandes familias patricias tenían, por esta vez, ligados sus intereses con los de la Corona. Perderse la causa regia habría determinado el desplome del poderío político de los nobles”. Y, con una frase certera, explica cómo la aristocracia dosifica su apoyo a Carlos V para asegurar el reconocimiento de sus privilegios: “Al brazo militar, o sea, a los grandes y caballeros, les importaba que el César venciese, que no venciese demasiado, y que no venciese en seguida”.

Las observaciones sobre la dimensión social del movimiento comunero, además de ser historiográficamente sólidas, como confirmaron más tarde los historiadores de profesión, actuaban en el trabajo intelectual de Azaña como un soporte de su propia acción política durante la Dictadura de Primo de Rivera. Autor de una temprana apelación a la República cuando el monarca consintió, si no es que lo propició, el establecimiento del régimen dictatorial, Azaña entendió que una alianza de las clases medias con la clase obrera organizada constituía el mejor fundamento social de una democracia republicana entroncada en la historia española.

El primitivo propósito de rebatir una tópica referencia de Ganivet termina pues dando lugar a un estudio de apreciable envergadura. La lectura de algún fragmento, por ejemplo el relativo a la sustitución de Pedro Maldonado por Francisco Maldonado entre los condenados a muerte y la escena de la ejecución, permite apreciar algunos rasgos del estilo histórico-literario de Azaña: su habilidad para introducir citas documentales en la narración sin romper el ritmo de esta y respetando la integridad de aquellas; sus vaivenes, nada banales y a menudo

ácidos, entre el tema tratado y el presente del narrador; y la integración de oportunas referencias culturales (literarias, pictóricas) que reclaman la complicidad cultural del lector.

Azaña concluye que la derrota de los comuneros marca un viraje negativo que inicia una *digresión* de la historia de España: “Merced al suceso de Villalar, el devenir constitucional de España tomó tal rumbo que, mirando al fondo de las cosas, no se ha rectificado todavía”. A esa rectificación dedicará su acción política de los años treinta, después de haber realizado en la década anterior su mayor acercamiento a la reflexión e investigación histórica. Siendo ya presidente del Gobierno, no olvidará el tema histórico de las Comunidades a la hora de buscarle una genealogía a la acción política republicana que él encabeza. Así, en la alocución que dirige a la Asamblea de su partido, *Acción Republicana*, el 28 de marzo de 1932 expone:

...los republicanos que hemos hecho la República, lo que hemos venido a hacer ha sido poner punto a una digresión monstruosa de la historia española, que comienza en el siglo XVI, que corta el normal desenvolvimiento del ser español, y la pone con todas sus energías y toda su grandeza al servicio de una dinastía servidora a su vez de una idea imperialista y católica (...). Al poner término a esta digresión de la historia queremos reanudar la tradición de los comienzos de la edad moderna de España, cuando las ciudades españolas y sobre todo cuando las ilustres ciudades castellanas querían regirse al modo de las repúblicas italianas. (...) Hay una tradición popular republicana, libertadora, en el espíritu español, y sobre todo en el espíritu castellano, y queremos reivindicarla, ponerla en pie y engrandecerla. Es, pues, la República para nosotros la reanudación de una gran tradición española, de una tradición liberal, de una tradición popular.

Y, significativamente, al apoyar el estatuto de Cataluña en su discurso en las Cortes el 27 de mayo de 1932, vuelve a reivindicar esta tradición castellana, no sin alguna exageración: “...aquellas ciudades castellanas, sublevadas contra el César, reunieron unas Cortes revolucionarias y redactaron una Constitución revolucionaria, que elevaron al rey como suma de sus aspiraciones, (...) y es una cosa que emociona pensar que ha sido menester que venga la República en 1931 para que en la Constitución republicana se consigne por vez primera una garantía constitucional que los castellanos pedían a su rey en 1521”.

Antes de acercarnos, a través de los escritos de Azaña, a temas de historia contemporánea, echemos un vistazo, a modo de coda, a una poco conocida fantasía satírica suya sobre traslados y repartos de restos de personajes. De los tiempos de sus primeros estudios sobre los comuneros data un texto en clave paródica, que nunca divulgó: el titulado *Auto de las Cortes de Burgos o triple llave al sepulcro del Cid y divino zancarrón*, que fechó en agosto de 1921. En él hay una muestra de su sostenida aversión a la remoción y reparto de los restos mortales de personajes ilustres (que mas tarde desarrollaría en su artículo “Quintana, en la infausta remoción de sus huesos”, publicado en *La Pluma*, en marzo de 1922). Como quiera que no tenemos muchas muestras de la capacidad versificadora de Azaña, vale quizá la pena recoger aquí algunos versos finales de esta obrita. El que habla quejándose de la dispersión de sus restos es, siglo y medio después del Cid, el rey Fernando III de Castilla y de León:

Tengo el tronco en Sevilla, / la diestra en Burgos, / la cabeza perdida, / y mis dos muslos / deshechos en reliquias / por esos mundos. (...) Que me da empachos / dormir el sueño eterno / disperso en cachos.

Y opino que el ser santo venerado / no es razón de yacer descabalado. / Y a la hispánica gente tan castiza / que a sus muertos ilustres descuartiza, / y entre arrobos y besos / nos adoba los huesos / a los difuntos de esplendente gloria, / ¡decidles que me cisco yo en la historia!

El siglo XIX como fundamento: el 98, Juan Valera, la tradición constitucional

“El siglo XIX político no encaja en los términos estrictos del calendario. Empezó en 1789 y concluyó en 1914”. Lo dice Garcés, uno de los trasuntos de Azaña en *La Velada en Benicarló*, que este escribió en 1937; y tal es, en efecto, el criterio mas extendido entre los historiadores actuales. El caso es que, aparte de las referencias al siglo XVI hasta aquí señaladas, los estudios históricos de Azaña se centraron en el XIX y en los comienzos del XX, es decir, en etapas recientes con respecto a la suya. En esa centuria se ambienta también la novela histórica que Azaña dejó inconclusa al proclamarse la República: *Fresdeval*, centrada en la historia dos supuestas familias alcalaínas: los Budía, carlistas, y los Anguix, liberales progresistas. Y a esa época se adscriben asimismo varios textos literarios que tradujo del francés y del inglés; entre ellos el curioso libro de viajes *La Biblia en España*, de George Borrow, acompañado de un documentado estudio introductorio que recogió en el artículo

“Peregrinos curiosos” (*La Pluma*, septiembre de 1920), incluido luego en *Plumas y Palabras*.

Azaña tenía claro que el freno al progreso histórico, vinculado al desarrollo del régimen constitucional, se debía a absolutistas y carlistas, que eran por lo general francófilos, y patriotas solo cuando les convenía. Así lo exponía vehementemente en *Los motivos de la germanofilia*, la ya citada conferencia en el Ateneo de Madrid en mayo de 1917: “Contra esta clase de gentes viene haciéndose desde hace siglo y medio la historia de España, que es, sobre todo, desde que hace cien años se planteó la cuestión en el terreno político por la instalación del régimen constitucional, un combate sin tregua para romper las trabas que se oponen al reinado de la libertad y de la tolerancia en nuestro país. Esta aspiración liberal, en el más amplio sentido del vocablo, ha sido estorbada y combatida de mil modos por ese núcleo de gentes retrógradas, que han ensangrentado el país con guerra civiles, han deshonorado los alcázares con intrigas villanas y no vacilaron, ¡ellos, los patriotas, los españolistas por excelencia!, en llamar y atraer sobre España la invasión extranjera cuando así les convino para conseguir sus fines”.

A raíz de la Dictadura, y en el marco de su rigurosa oposición intelectual a ella, Azaña realizó un análisis crítico del regeneracionismo de Costa y de la generación del 98 por su falta de propuestas políticas claras, y comentó la involución ideológica de algunos de sus componentes, en particular de Ramiro de Maeztu, en cuatro artículos publicados en la revista *España* entre octubre y diciembre de 1923, reunidos luego en *Plumas y Palabras* con el título de uno de ellos: “¡Todavía el 98!”. Habitualmente atento a situar los asuntos de España en un contexto más amplio, nuestro autor advierte que, en el tema de la decadencia nacional, “una ligera excursión por las literaturas contiguas a la nuestra probaría tal vez que su caso fue mucho menos *nacional* de lo que ellos pensaron”. En uno de esos artículos, el titulado “Al pie del monumento de Cartagena” (publicado en la revista *España* el 27 de noviembre de 1923), a propósito de la falta de conocimiento de la realidad con que la opinión pública española abordó la crisis colonial y del desengaño que la resolución de esta produjo, Azaña volvió al tema de la deficiente enseñanza escolar de la historia y la geografía:

Parecía que los españoles vomitaban las ruedas de molino que durante siglos estuvieron tragando. ¿No era, pues, verdad que formásemos la primera nación del mundo? Veán ustedes si la desolación sería fuerte en las almas jóvenes. En rigor, la culpa de ese chasco incumbía a la escuela primaria. ¡Hay tales atragantos, tales problemas

íntimos, hijos del autodidactismo, que se hubieran evitado aprendiendo a tiempo un poco de geografía, un poco de historia y los rudimentos del arte de discurrir!

La aportación histórico-literaria mas reconocida de las que realizó Azaña en los años veinte fue *Vida de don Juan Valera*, que lo metió de lleno en el estudio de la sociedad española, y aun europea, del siglo XIX. Esta obra obtuvo el Premio Nacional de Literatura de 1925, pero que no fue editada. En 1927, Azaña ironizaba a propósito de ese premiado trabajo “que aun no desespere de publicar dentro de este mismo siglo”. El chiste resultó amarga verdad, porque la obra ha sido publicada por vez primera en la edición de sus obras completas realizada en 2007, es decir, ya iniciado el siglo XXI. De todos modos, Azaña sí dio a la imprenta varios fragmentos reelaborados de la obra, entre 1926 y 1929.

El escritor y diplomático cordobés (el centenario de cuyo nacimiento, en Cabra, se conmemoraba en 1824) y el alcalaíno tenían en común tanto la ocupación conjunta en literatura y política como la afición por la historia. Menos aristocratizante y escéptico que su biografiado, Azaña compartía con él talante crítico y brillantez dialéctica. Para ilustrar lo que podemos denominar su “pincelada docta”, leamos la rápida descripción de la situación político-territorial italiana que Azaña traza al presentar la estancia de Valera en una Italia aún no unificada. El estilo puede resultar un poco rebuscado pero el tino histórico es evidente:

En el sur, la tiranía borbónica; en el estado romano, la teocracia inepta, agravada por la reacción de los sanfedisti (gemelos de los apostólicos españoles) durante el reinado de León XII y de Gregorio XVI; los pequeños ducados, de régimen policiaco; el despotismo más suave en Toscana; allende el Po, los dominios austriacos, ominosa prenda de la intromisión secular del imperio, y al borde del mar ligure el rey subalpino, jefe de la sola dinastía con ambición nacional, próxima a camppear por la independencia. Así estaba, al desembarcar Valera en Nápoles, la bella península, repuesta en su esclavitud por los tratados de 1815.

A finales de los años veinte, al tiempo que activa su acción en pos de la República, Azaña somete a crítica las insuficiencias que advierte en la trayectoria liberal española, en particular su obsesión tradicionalista. Es una crítica que entraña alguna contradicción con respecto a lo que el propio autor escribía cinco años atrás. En el comentario al *Idearium* había dejado dicho: “Que los constitucionales españoles del siglo pasado buscasen la tradición y el entronque de las nuevas Cortes con las antiguas no era ningún disparate. Tanto menos cuanto que de Cortes como las españolas habían salido poco a poco en otros países Parlamentos como el que pretendían instaurar”.

Sin embargo, en la conferencia que pronunció en el Ateneo —que él mismo presidía entonces— el 20 de noviembre de 1930, titulada *Tres generaciones del Ateneo*, afirmó algo que suena bastante distinto: “Hace un siglo los revolucionarios liberales se empeñaron en demostrar que su revolución restauraba instituciones arcaicas. Toreno, Argüelles, Martínez de la Rosa, el propio Martínez Marina y otros expositores del liberalismo español torturan la tradición para autorizar su obra política”.

En esa misma ocasión, imbuido de la necesidad de inventar un futuro político radicalmente distinto a la monarquía, pronunció una frase llamativa: “En el estado presente de la sociedad española, nada puede hacerse de útil y valedero sin emanciparnos de la historia. Como hay personas heredo-sifilíticas, así España es un país heredo-histórico”. A continuación aclaraba que no se refería a la historia como ciencia o como actividad intelectual sino a “una doctrina elaborada hace cuatros siglos en defensa y propaganda de la monarquía católica imperialista, sobrepuesta con el rigor de las armas al impulso espontáneo del pueblo [y que] inventa unos valores y una figura de lo español y los declara arquetipos. Exige la obligación moral de mantenerlos y continuar su linaje”. A esa invención del pasado que, según él, paraliza la construcción del futuro la moteja Azaña de “morbo histórico”, que es cosa distinta y opuesta a la investigación y al análisis históricos: “El morbo histórico que corroe hasta los huesos del ente español no se engendra en la investigación ni en la crítica o análisis de los hechos; antes, la falta de esos hábitos mentales prepara el terreno y lo dispone a la invasión morbosa”.

Comparaciones históricas para aclarar el presente

En 1919, con un ojo puesto en el pasado reciente de Francia y otro en el papel histórico de los militares en España, un Azaña ya casi cuarentón dio a la imprenta su primer libro, titulado *Estudios de política francesa contemporánea. La política militar*. La obra, a la que iban a añadirse dos volúmenes —previstos pero no realizados— sobre la organización del sufragio y la construcción del Estado laico en Francia, constituyó una de las razones para que, proclamada la República, este intelectual se encargara del ministerio de la Guerra, en el que realizó, como es sabido, una importante gestión reformadora. En los primeros años veinte, al menos hasta la Dictadura de Primo de Rivera, Azaña publicó copiosos comentarios de política y cultura en las páginas de las revistas *La Pluma* (entre 1920 y 1923) y *España* (entre 1920 y 1924), de las que fue activo redactor y en algún tiempo director. Allí podemos encontrar reveladores y tempranos pronunciamientos suyos contra la pena de muerte o en pro del sufragio femenino, por ejemplo.

En esos análisis periodísticos del presente abundan las alusiones a un pasado bien documentado. Es el caso de los diez artículos que, bajo el título “Memorial de guerra. Glosas al libro del general Berenguer”, publicó en *España*, entre julio y septiembre de 1923, acerca del libro autoexculpatorio de Dámaso Berenguer *Campañas en el Rif y Yebala, 1921-22: Notas y documentos de mi diario de operaciones*. Partiendo del comentario de esta obra, Azaña construye un grave alegato contra la acción militar en Marruecos en coincidencia con la investigación parlamentaria de sus desastres, e incrusta en él punzantes comparaciones con “las campañas del siglo XVI para reducir a los moriscos de las Alpujarras”. Encontramos aquí una nueva muestra de su familiaridad con fuentes históricas, sobre todo en este caso la *Guerra de Granada hecha por Felipe II* de Diego Hurtado de Mendoza (1627), cuya calidad literaria Azaña, de paso, encomia, en contraste con la mediocridad estilística que atribuye a Berenguer. En el artículo correspondiente al 28 de julio 1923 leemos:

Religión por religión, patriotismo equivale a catolicismo como medio de acción política y de opresión de la libertad personal. Donde se escribía “fe católica” sustitúyase “honor a la patria”. (...) En la guerra de las Alpujarras y en su riguroso corolario, la expulsión de los moriscos —tan ensalzada por la propaganda—, culmina una política de la que aún somos prisioneros. Cabalmente, lo que se ventila en nuestro problema marroquí es la subsistencia o la caducidad de los valores creados hace siglos por los dueños de España, que administran su historia.

El gusto por el paralelismo se exagera cuando, en el artículo del 11 de agosto, escribe: “El caso de Melilla, virtualmente en poder de los moros a fines de julio de 1921, fue el de Granada en los comienzos de 1569”. En el último artículo de la serie, del 15 de septiembre, que quedó inédito por el establecimiento de la Dictadura, tenía escrito Azaña a propósito de la gravitación del Protectorado marroquí (establecido en 1912) sobre los asuntos españoles: “Podrá ser que algún día, si al fin se dejan, los protejamos. Hoy no los protegemos contra nada, ni siquiera contra nosotros mismos, y desfogamos en aquellas tierras una cólera homicida. Y lo que es influir, ciego estará (ciego de soberbia), quien no advierta que los moros influyen en España mucho mas que los españoles influimos en Marruecos”. Pesada gravitación sobre la que, diez años después, siendo presidente del Gobierno, Azaña haría en su diario (el 4 de enero de 1933) una anotación premonitoria, “esto de Marruecos es el talón vulnerable de la República”, que tres años y medio después, el 18 de julio de 1936, se confirmaría casi literalmente.

Las referencias comparativas con el pasado aparecen también a veces en el diario que escribe durante su estancia en el poder. Por ejemplo, el 7 de julio 1932 anota: “Desde mis habitaciones, antes de ir al Consejo, oigo *claros clarines* en la calle. Son los milicianos nacionales, que preside el gordo alcalde, y que van al Prado a conmemorar lo de hace ciento diez años. ¿Tendremos también nosotros otra función como aquélla?”. Está aludiendo el entonces presidente del Gobierno a la conmemoración de la jornada del 7 de julio de 1822, cuando una intentona a favor del absolutismo fernandino fue derrotada por la Milicia Nacional en la madrileña Plaza Mayor y sus alrededores. Los escasos renglones de la anotación incluyen asimismo la evocación de un verso de Rubén Darío, una referencia física al alcalde Pedro Rico y una interrogación final que tendría cabal respuesta, un mes más tarde, con la *sanjurjada* del 10 de agosto.

Nada más abandonar el poder, 16 de octubre 1933, en su discurso en la clausura de la asamblea de *Acción Republicana* en Madrid, Azaña situaba la experiencia política recién concluida en perspectiva histórica y, enlazando el primer bienio republicano que acaba de terminar con otros periodos progresistas de la historia española, se hacía estas documentadas preguntas ante sus correligionarios: “Estos dos años, estos tres años, ¿quedarán en la historia española como uno de los intentos generosos que se encuentran en nuestro pasado, como aquel trienio del 20 al 23, como aquel bienio constituyente del 54 al 56, como los inicios de la revolución y de la República del 73? ¿Quedará esto así, emergiendo del mar español como un recuerdo, para algunos amable, para otros funesto, maldecido por unos, venerado por otros?”.

El fundamento histórico de la acción política

Como puso de relieve el hispanista Joseph Pérez en el cincuentenario de la muerte de Azaña, si este se volvía hacia la historia no era en busca de anécdotas para adornar un discurso o para impartir una lección, sino “para comprender la situación sobre la que quería actuar”. Por su parte, Santos Juliá ha subrayado que nuestro hombre “era un político acostumbrado a pensar cada coyuntura presente desde una perspectiva histórica”. Puede concluirse que para Azaña el pasado sirve no para justificar sino para fundamentar la acción política. Siempre asumió su condición de político y situó, consciente y explícitamente, su acción en el fluir de la historia, sintiéndose a la vez continuador y antecesor. Así lo explicaba, ya relegado a la oposición, en una segunda conferencia que dio en la sociedad *El Sitio* de Bilbao el 21 de abril 1934:

Este sentimiento, esta percepción de la duración, de la continuidad histórica, es inexcusable en un político (...) y si no se siente uno embarcado en una continuidad,

si no se siente uno precedido de algo o de alguien e incluido en una curva que se inició antes de nacer nosotros y que se prolongará mucho después que nosotros hayamos desaparecido, no se tiene el sentimiento fundamental de los fines de la política.

En su ya citada conferencia *Tres generaciones del Ateneo*, de 1930, un Azaña que había cumplido los cincuenta años aludió a la conveniencia de superar las perspectivas generacionales que llevan a pensar que el mundo camina hacia su ocaso conforme vamos envejeciendo: “como del localismo geográfico, así está obligada la razón a liberarse del localismo temporal”. Ese enfoque diacrónico no impide sino que mas bien ayuda a asumir los condicionamientos de su propio tiempo. Lo había expresado con elegancia, años atrás, en un artículo titulado “La inteligencia y el carácter en la acción política” (publicado en *España*, el 2 de febrero de 1924): “Me place la esperanza de disolverme en mi tiempo, como la seguridad de disolverme un día en la tierra”.

El fluir y la mezcla constituyen así la esencia misma de la historia. Al principio de su análisis crítico del *Idearium*, Azaña afirma que no existe, como pretende Ganivet, “lo español puro”, fruto de “una civilización indemne de tacha forastera” ya que “de alma y de sangre somos mestizos, sin remedio”. Y remacha, reivindicando la realidad inmanente de la historia frente a la retórica esencialista: “Lo español se da en la historia. El ser como ha sido y es constituye su pureza de español. No puede pensarse lo español metahistórico. La hispanidad genuina resulta del trazo marcado por nuestra presencia en el tiempo. No hay otra hispanidad”.

Ese enfoque le ayudará, ya en el ejercicio del poder, a asumir también la provisionalidad de los avances y soluciones. En su resonante discurso parlamentario sobre el Estatuto de Cataluña en mayo de 1932, desliza esta observación: “La solución que encontremos, ¿va a ser para siempre? Pues, ¡quién lo sabe! Siempre, es una palabra que no tiene valor en la Historia y, por consiguiente, que no tiene valor en la política”.

Tradición y progreso: renovar la historia de España

“Un pueblo en marcha, gobernado con buen discurso, se me representa de este modo: una herencia histórica corregida por la razón”. Esto escribió Azaña en su mentado artículo “La inteligencia y el carácter en la acción política”, cuando se estaba iniciando la Dictadura de Primo. Podemos observar que, en ese equilibrio a veces tenso entre la herencia del pasado y la acción correctora de la razón, Azaña puso el énfasis en una parte o en otra, en función de las circunstancias.

En vísperas de la proclamación de la República, en la enjundiosa conferencia *Tres generaciones del Ateneo*, insistió sobre todo en la necesidad de innovar:

No todo lo español merece conservarse por el mero hecho de existir. (...) Abundar en lo español no es regla utilizable en ninguna creación: lleva a risibles anacronismos y mascaradas. Díganle a un pintor con talento original que se atenga a copiar los maestros del Prado; sería (...) impedirle continuar la tradición que tanto se alaba. Así en política. Ninguna obra podemos fundar en las tradiciones españolas, sino en las categorías universales humanas.

Desde el Gobierno, procuró dejar claro que él no rechazaba la tradición sino en cuanto legitimadora de la reacción y alimentadora del odio. A la par que criticó los tópicos de una tradición que anquilosa y excluye, aspiró a continuar esa otra tradición orillada cuya existencia apreció y enalteció desde los comienzos de su actividad intelectual y política. Así lo explicaba en una alocución en Valencia el 4 de abril de 1932: “A mí lo que me interesa es renovar la historia de España, sobre la base nacional de España, obstruida, maltratada desde hace siglos. (...) Que la nación española (...) imponga también su mano y su planta en la historia, no porque tengamos este destino —yo no hablo jamás del destino de los pueblos—, sino porque tenemos esa obligación”. Y añade Azaña una puntualización que no cabe echar en saco roto: “Donde se dice *destino de los pueblos*, yo leo *obligaciones de los hombres*”.

En su discurso como gobernante, los términos “tradición” y “progreso” aparecen pues armónicamente conciliados. La tradición puede ser inspiradora de la innovación, la reforma e incluso la revolución; y el progreso tiene uno de sus fundamentos en la recuperación de algunas tradiciones soterradas. Añadamos que también está clara en Azaña la reivindicación del término “nacional”, en coherencia con los orígenes históricos progresistas del mismo, así como de la expresión “movimiento nacional” que él sigue utilizando para referirse a la acción cívica republicana, incluso durante la guerra, cuando ya se ha convertido en una de las fórmulas con las que los enemigos de la República califican su propia acción sediciosa.

Vemos así que, tanto en sus textos públicos como en los comentarios de su diario personal, abundan las menciones históricas (y también las geográficas, por cierto, pero ese es otro tema), concebidas no como una invitación a la nostalgia o al localismo sino como un zócalo sobre el que construir algo nuevo y mejor. Seguramente el discurso más expresivo a ese respecto es el que pronunció en

Valladolid el 14 de noviembre de 1932 y que ha sido publicado con el título “El genio político de Castilla y los destinos de la República”.

En los últimos años de su vida política, la insistencia en que la construcción republicana hunde sus raíces en la historia se hace mas enfática: “El pueblo español no reniega ni necesita renegar de ninguno de los valores morales de su creación antigua para poner a prueba su capacidad para alumbrar otros nuevos”, afirma en una alocución radiofónica para Hispanoamérica en 1935. Y, ya durante la guerra, proclama en su discurso en el Ayuntamiento de Madrid el 13 de noviembre de 1937: “Nosotros, innovadores de la política española, instauradores de la República, trabajadores de la República, para convertirla en un instrumento civilizador y de progreso en nuestro país, no hemos renegado de nada que sea noble y grande en la historia de España; absolutamente de nada”.

A la vez, tiene la impresión de que la derecha antirrepublicana, aunque se revista de foránea modernidad fascista, no es capaz de superar su propio tradicionalismo clerical y cuartelero. Así lo escribe en su diario (Cuaderno de La Pobleta, el 6 de octubre de 1937): “Si triunfara un movimiento de fuerza contra la República, recaeríamos en una dictadura militar y eclesiástica de tipo español tradicional. Por muchas consignas que se traduzcan y muchos motes que se pongan. Sables, casullas, desfiles militares y homenajes a la Virgen del Pilar. Por ese lado, el país no da otra cosa”.

Gobernar con perspectiva histórica

Otra reflexión del diario de Azaña, en este caso correspondiente a su etapa gobernante en el reformador primer bienio republicano, nos puede ilustrar su condición de político empeñado en una acción de efectos duraderos, de calado histórico, que procura tener claros los principios y los objetivos a largo plazo. La anotación data del 15 de enero de 1933, en la estela del asunto de Casas Viejas y quince días antes de que Hitler se convierta en canciller de Alemania (nótese la referencia a “lo que viene de fuera”):

Tres diputados, de diferentes partidos, me han hablado hoy de dictadura, como único remedio posible a los alzamientos anarquistas, si continúan. Ésta es la propensión nacional, el resabio que los años pasados dejan, y lo que viene de fuera. ¿Es que España no puede vivir en democracia y con ley? ¿Nadie quiere obedecer si no es por la fuerza? Amigos y enemigos de la República, y sus enemigos de ambos bandos ex-

tremos, están haciendo todo lo necesario para que se propague la idea de que “así no se puede seguir”, y se inclinen los ánimos a una dictadura. La República está hoy en una tenaza: los monárquicos y los anarquistas. Los ataques de uno y otro bando son violentísimos, según el modo de cada cual. ¿Cómo se sale de la tenaza? Yo preferiría no tener que romperla; sino ir aflojando la presión, con pausa, con serenidad, adelantando cada día un poco más en la reconstrucción política y social.

Un ejemplo de distinta naturaleza pero con parecido espíritu nos lo da su anotación del 29 de diciembre de 1932, tras haber visitado la prolongación de la Castellana y otras obras públicas de Madrid cuya puesta en marcha él impulsó, con la colaboración de Indalecio Prieto, ministro de Obras Públicas, y del arquitecto Secundino Zuazo entre otros: “Estos proyectos caminan a su realización a gran velocidad. Estoy muy satisfecho de la suerte que corre mi iniciativa, tantas veces soñada por mí cuando yo no era nada. Si dejo el proyecto total en vías de realización irrevocable habré dado a Madrid un impulso enorme, que marque su porvenir para muchos años; y lo habré hecho con prontitud y silencio, sin necesidad de aparecer para nada, cumpliendo la función que más me gusta, que es servir de motor y despertador de actividades dormidas, y encauzar —en este caso— con mayor gusto e inteligencia que hasta aquí la expansión de la Villa. Prieto me ha secundado con rapidez vertiginosa”.

Ahora bien, dejar huella en la historia no es lo mismo que llamar puerilmente la atención sobre sí mismo. En las páginas de *Mi rebelión en Barcelona* (1935), a propósito de unos guardias que se ufanaban de haber tomado parte en el suceso “histórico” de su detención en octubre de 1934, leemos este alfilerazo de Azaña: “La apreciación de lo histórico es bastante laxa: hay quien lo confunde con el reporterismo y gusta de llevarle la cola de la túnica a la hermana Clío. Deben de ser las mismas gentes que graban su nombre en el muro de una torre, de un castillo, de un templo”.

Enunciar con precisión los valores que se profesan y defenderlos con firmeza: para ello es necesario saber el terreno que se pisa y situarse en él sin perder de vista el conflictivo contexto internacional. En su discurso con asistencia mas multitudinaria —seguramente nunca tanta gente se había reunido en España para escuchar a un solo hombre—, el que dio en el campo de Comillas de Madrid el 20 de octubre de 1935, Azaña dijo cosas como las que siguen, impregnadas de claro sentido político e histórico:

Nosotros somos parte de las fuerzas que combaten por la democracia. Toda Europa hoy es un campo de batalla entre la democracia y sus enemigos, y España no se exceptúa. Vosotros tenéis que escoger entre democracia, con todas sus menguas, con todas sus fallas, con todas sus equivocaciones o errores, o la tiranía con todos sus horrores. No hay opción. La nuestra está hecha. En España se hable frívolamente, vanidosamente, de dictadura. Nosotros la repugnamos no sólo por doctrina sino por experiencia y por buen sentido. ¡Y de experiencia los españoles tenemos alguna en este particular! La dictadura es una consecuencia o una manifestación política de la intolerancia; su motor es el fanatismo, y su medio de acción, la violencia física. La dictadura conduce a la guerra y allana los caminos de la revolución en contra de aquello mismo que la dictadura se propone defender; entontece a los pueblos o los enloquece. Y antes de todo en la vida, incluso antes que el régimen político, es la libertad de juicio y la independencia de espíritu, a la que nosotros no estamos dispuestos a renunciar.

Nueve meses después, España no solo no había quedado exceptuada del conflicto sino que empezaba a ser su primer y mas dramático campo de batalla. Ante prueba tan dura, a Azaña empezó a fallarle, tal vez, la voluntad, pero no el olfato histórico. En *La Velada en Benicarló*, concluida en mayo de 1937, puso su propia lucidez en boca del socialista Pastrana cuando este afirma: “Si la República pereciese a manos de los extranjeros, Inglaterra y Francia (sobre todo Francia) habrían perdido la primera campaña de la guerra futura”. Faltaban tres años para que así lo comprobaran Francia y el mundo.

Vuelta a la preocupación por la enseñanza: la imagen histórica de la guerra

También en *La Velada en Benicarló*, un poco mas adelante, Morales, que encarna al Azaña escritor, dice: “Si perdiésemos la guerra se enseñaría a los niños durante muchas generaciones que en 1937 fueron aniquilados o expulsados de España los enemigos de *su unidad*. Como en 1492 o en 1610”. Obsérvese la referencia cronológica a las expulsiones de judíos y moriscos... y la amarga perspicacia del vaticinio.

En los tres años que preceden a su pronta muerte (en el exilio francés, en Montauban, en noviembre de 1940) Manuel Azaña, prematuramente envejecido, crecientemente desmoralizado, probablemente acobardado, conserva con todo su pluma ágil y una reiterada preocupación por la imagen que, en el futu-

ro, los españoles van a tener de ese tiempo. Al final de una larga y jugosa carta a Gonzalo Lafora, fechada en Barcelona el 12 de julio de 1938 escribe con amargura: “Estoy persuadido de que la historia de esta guerra, de sus antecedentes y resultados inmediatos, será un gigantesca mixtificación, y que las generaciones hoy vivientes nunca conocerán la verdad”. Y añade esta observación: “Para existir realmente, la historia necesita, como todas las obras del hombre, una cabeza inteligente que la comprenda”.

A lo largo de esta exposición se han sucedido, a propósito de la relación de Azaña con la historia, citas de diversa procedencia y no siempre muy conocidas. Pero, para terminar aludiendo a la imagen que Azaña traza de su propio perfil en la historia, es difícil no recurrir a una, muchas veces recordada, que tiene cierto carácter de epitafio. Está en su diario, en el Cuaderno de La Pobleta (su residencia en guerra, cerca de Valencia), corresponde al 17 de junio de 1937 y figura entre las reflexiones que él mismo indica que le ha hecho a Fernando de los Ríos en una conversación que ha tenido con este intelectual y político socialista:

Cuando el azar, el destino, o lo que fuere, me llevó a la política activa, he procurado razonar y convencer. Ningún político español de estos tiempos ha razonado y demostrado tanto como yo, parezcan bien mis tesis o parezcan mal. Querer dirigir el país, en la parte que me tocase, con estos dos instrumentos: razones y votos. Se me han opuesto insultos y fusiles. En paz sea dicho.

Dicho sea también, en conclusión, que para el escritor y político Manuel Azaña, la historia no fue un arsenal de municiones, sino una fuente de razones.

Algunas ediciones de obras de Manuel Azaña:

Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil. Introducción de Santos Juliá. Barcelona, Crítica, 2004 (1ª edición: 2000).

Diarios, 1932-1933. “Los cuadernos robados”. Introducción de Santos Juliá. Barcelona, Crítica, 1997.

Discursos políticos. Barcelona, Crítica, 2004.

Obras Completas. Edición de Juan Marichal. 4 volúmenes, México, Oasis, 1966-68.

Obras Completas. Edición de Santos Juliá. 7 volúmenes, Madrid, Ministerio de la Presidencia, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007 [y Taurus, 2008].

Plumas y palabras. Barcelona, Crítica, 1990.

Algunos estudios sobre Manuel Azaña:

Carabias, Josefina: *Azaña. Los que le llamábamos don Manuel*. Barcelona, Plaza & Janés, 1980.

Egido León, Ángeles: *Manuel Azaña. El hombre, el intelectual y el político*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

Ferrer Solà, Jesús: *Manuel Azaña: una pasión intelectual*. Barcelona, Anthropos, 1991.

Juliá, Santos: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*. Madrid, Taurus, 2008.

Marichal, Juan: *La vocación de Manuel Azaña*. Madrid, Alianza, 1982.

Varios autores: *Azaña*. Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 1991.

Varios autores: *Azaña et son temps* (Coloquio internacional de Montauban, CNRS, noviembre de 1990). Madrid, Casa de Velázquez, 1993.

Varios autores: *Manuel Azaña: pensamiento y acción*. Madrid, Alianza, 1996.

Varios autores: *Republicanos en la memoria. Azaña y los suyos*. Madrid, Eneida, 2006.

Cronología de Manuel Azaña

1880. Nace, el 10 de enero, en Alcalá de Henares, hijo de Esteban Azaña y Josefa Díaz.

1889-90. Mueren su madre (34 años), su padre (40 años) y su abuelo paterno, Gregorio.

1893-97. Estudios en el Colegio de los Agustinos de El Escorial.

1898. Se licencia en Derecho por la Universidad de Zaragoza. Asiste en Madrid a cursos de doctorado de Francisco Giner de los Ríos.

1900. Se doctora en leyes por la Universidad de Madrid con una tesis sobre *La responsabilidad de las multitudes*.

1902. Presenta en la Academia de Jurisprudencia su memoria sobre *La libertad de asociación*.

1903-10. En Alcalá, se dedica a la gestión del patrimonio familiar.

1910. Gana por oposición una plaza en la Dirección de los Registros y del Notariado del Ministerio de Justicia.

1911. Primer discurso político, en la Casa del Pueblo de Alcalá: *El problema español*. Empieza a colaborar, firmando *Martín Piñol*, en *La Correspondencia de España*.
- 1911 (noviembre)-1912. En París, becado por la Junta para Ampliación de Estudios.
1913. Es elegido secretario del Ateneo de Madrid. Ingresa en el Partido Reformista. Colabora con Ortega y Gasset en la *Liga de Educación Política*
1916. Visita, con otros intelectuales, los frentes franceses.
1917. Conferencias en el Ateneo: *Reims y Verdun*; y *Los motivos de la germanofilia*.
1918. Derrotada su candidatura al Congreso por el distrito de Puente del Arzobispo. Firma el manifiesto de la *Unión Democrática Española*.
1919. Publica *Estudios de política francesa contemporánea. La política militar*.
1920. Funda la revista mensual *La Pluma*, que dirige con Cipriano de Rivas Cherif.
1923. Dirige la revista semanal *España*. Nueva derrota electoral (abril). Rompe con el Partido Reformista por su falta de oposición a la Dictadura.
1924. Escribe el texto clandestino *Apelación a la República*.
1925. Funda con José Giral el grupo *Acción Política* (mayo), luego *Acción Republicana*.
1926. Recibe el Premio Nacional de Literatura por *Vida de don Juan Valera*.
1927. Publica *El jardín de los frailes*.
1929. Se casa, el 27 de febrero, con Dolores de Rivas Cherif.
1930. Publica la recopilación *Plumas y palabras* y el drama teatral *La Corona*. Es elegido presidente del Ateneo (junio). Participa en el Pacto de San Sebastián.
1931. Escondido, escribe la novela *Fresdeval*, que quedará inconclusa. Ministro de la Guerra en el Gobierno provisional de la República (14 de abril). Diputado por Valencia en las Constituyentes (28 de junio). Inicia su diario (2 de julio). Reformas militares e intervenciones parlamentarias. Presidente del Gobierno, en sustitución de Alcalá-Zamora (14 de octubre). Segundo Gobierno (15 de diciembre) con republicanos de izquierdas y socialistas.
1932. Intensa actividad gubernamental. Hace frente al golpe de Estado del 10 de agosto.
1933. Dimisión (7 de septiembre). Elecciones legislativas (19 de noviembre): victoria de las derechas; Azaña, diputado por Bilbao.

1934. Se constituye, bajo su liderazgo, Izquierda Republicana (2 de abril). Publica la recopilación de discursos *En el poder y la oposición*. Es detenido en Barcelona (9 de octubre) y encarcelado hasta el 28 de diciembre.

1935. Publica *Mi rebelión en Barcelona* (agosto). Discursos en campo abierto: Mestalla, Baracaldo y campo de Comillas (Madrid, 20 de octubre).

1936. Victoria electoral del Frente Popular (16 de febrero). Azaña, diputado por Madrid, es de nuevo presidente del Gobierno (19 de febrero). Destituido Alcalá-Zamora, es elegido presidente de la República (10 de mayo). Sublevación (18 de julio) y guerra civil. Fusilamiento en Córdoba de su sobrino Gregorio Azaña (finales de julio). Se traslada a Barcelona (18 de octubre).

1937. Escribe *La velada en Benicarló*. Nombra presidente del Gobierno a Juan Negrín (18 de mayo), en sustitución de Largo Caballero. Se instala en “La Pobleta”, a las afueras de Valencia, donde reanuda su diario (20 de mayo). Viaje a Madrid y Alcalá (12-14 de noviembre). Se traslada de Valencia a Barcelona (diciembre).

1938. Discurso en el Ayuntamiento de Barcelona (18 de julio). Edición, que no llega a distribuirse, de sus discursos, *Los españoles en guerra*, con prólogo de Antonio Machado.

1939. Cruza la frontera de Francia (5 de febrero). Envía su dimisión (27 de febrero). Escribe en Collonges-sous-Salève (Saboya) los once artículos de *Causas de la guerra de España*. Iniciada la guerra mundial, se instala en Pyla-sur-Mer, en Gironda (octubre).

1940. Síntomas de enfermedad cardíaca (febrero). Derrotada Francia (armisticio del 21 de junio), se traslada a Montauban, en la región de Toulouse (finales de junio). Saqueo de su casa de Pyla y detención de Cipriano de Rivas (10 de julio). Azaña muere en el Hôtel du Midi de Montauban (3-4 de noviembre), en cuyo cementerio es enterrado.

Nota biográfica

Feliciano Páez-Camino Arias es doctor en Historia Contemporánea y licenciado en Filología. Ha sido profesor asociado en las universidades Complutense, Carlos III y La Sorbona-París IV y ejerce en la actualidad como catedrático de Geografía e Historia en el Instituto Blas de Otero de Madrid. Algunas de sus publicaciones relacionadas con el tema de esta conferencia son el libro *Democracias y dictaduras en los años treinta* y el artículo “Manuel Azaña y la política exterior de la Segunda República española”. Los dos últimos Cuadernos de la UMER de los que es autor son “Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*” y “Del *Cantar del Cid* a Cernuda: el destierro en la poesía española”.

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 50 agotados. Pueden consultarse en la página web www.umer.es

Nº 51: "Medios de comunicación. La vida como espectáculo". Luis Matilla.

Nº 52: "El dos y el tres de mayo". Cristina del Moral.

Nº 53: "Aproximación a la independencia iberoamericana en el bicentenario de su inicio". M^a Jesús García-Arévalo Calero.

Nº 54: "El cine cómico español en la primera mitad de los años cincuenta". María de los Ángeles Rodríguez Sánchez.

Nº 55: "Inmigración y Derechos Humanos". Augusto Klappenbach.

Nº 56: "El tiempo y la huella de Larra (1809-1837)". Feliciano Páez-Camino.

Nº 57: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca" UMER (2004-2009).

Nº 58: "La educación en España en el primer tercio del siglo XX: la situación del analfabetismo y la escolarización". Alfredo Liébana Collado.

Nº 59: "La ONU: una visión desde dentro". Francisco Acebes del Río.

Nº 60: "La Capilla del Obispo (de Nuestra Señora y San Juan de Letrán)". Emilio Guerra Chavarino, Investigador; Rosario Zapata, Transcriptor.

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 64: "Los retos de la educación para la ciudadanía". Luis María Cifuentes.

Nº 65: "Las mujeres en la Ciencia". Antonio C. Colino.

Nº 66: "Miguel Hernández. Con tres heridas: la de la muerte, la del amor, la de la vida". María Jesús Garrido.

Nº 67: "El Banco de España: funciones e historia". Enrique Ortiz Alvarado.

Nº 68: "Carmen de Burgos: La voz de los sin voz". Carmen Mejías.

Nº 69: "Del *Cantar* del Cid a Cernuda: El destierro en la poesía española". Feliciano Páez-Camino.

Nº 70: "El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo". Francisco Acebes del Río.

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 74: "Antonio Machado: Soñando caminos". María Jesús Garrido Calvillo.

Nº 75: "Sobre la historia del teatro musical español: la zarzuela y sus alrededores". Juan Carlos Talavera.

Nº 76: "La historia en la obra de Manuel Azaña". Feliciano Páez-Camino Arias.